

Rosmini y las ciencias: perspectivas de investigación

En 1931, al escribir la entrada “Wissensoziologie” (Sociología del saber) para el Handwörterbuch der Soziologie, Karl Mannheim, contestando la idea de presupuestos apriorísticos del saber típica del neokantismo imperante en la época, defendía la tesis de que cada saber y cada forma de saber están, de hecho, influenciados constantemente por su colocación social, por su “vinculo ontológico” (Seinsgebundenheit). A día de hoy, en esta que convencional y comúnmente parece ser aceptada como la “edad de la ciencia”, el escepticismo mannheimiano acerca de la definición kantiana del saber como un “tener por verdad subjetiva y objetivamente suficiente” parece haber creado escuela.

La problematicidad del concepto de saber se debe obviamente a una separación siempre mayor – evidenciada entre otros, a principios del siglo XX, por Georg Simmel – entre la progresiva subjetivación del saber y la progresiva objetivación de la ciencia. En el siglo XVIII y en la primera mitad del XIX (por ejemplo, en el clima de la filosofía clásica alemana), ciencia y saber eran en gran parte sinónimos de scientia e ars, presentando de este modo un hábito y una facultad del hombre. Con la diferenciación y la especialización entre de las disciplinas, “ciencia” asume el significado de un proceso organizado, institucional y supra-individual: el sujeto no puede ya tener una ciencia, puede solo usarla, ya que aquella contiene infinitamente más de cuanto una singular conciencia sea capaz, por sí sola, de acumular y producir.

Antonio Rosmini se mueve todavía en un horizonte conceptual para el cual “ciencia” y “saber” se sitúan, según la tradición platónica y aristotélica, en el ámbito de un tratado sobre del concepto de virtud – basta pensar, por ejemplo, al uso que el roveretano hace del sintagma “ciencia moral”. Sus consideraciones aparecen por lo tanto sustancialmente distantes de la sensibilidad actual, y constituyen un interesante punto de referencia para

contextualizar la relación entre ciencia y saber en un marco histórico. Un marco en el que, por un lado, el saber se parcelaba cada vez más, perdiendo la ambición idealista de presentarse como unitario y totalmente comprensivo, al mismo tiempo que la ciencia comenzaba a reclamar como suya la especificidad del método, anunciando aquella *Methodenstreit* (“disputa del método”) que, como es sabido, estaría más tarde destinada a animar el debate epistemológico de inicios del siglo XX.

Para situar correctamente la cuestión de la relación entre Rosmini y las ciencias es necesario, en nuestra opinión, trazar una perspectiva de investigación que se divida en varios momentos, diferentes entre sí más por lo que respecta al aspecto metodológico que al cronológico. El punto de partida consiste en un reconocimiento puntual de aquellas ciencias que hoy denominamos como positivas y que Rosmini cultivó en su época, en el arco de toda su vida, como hábitos de un saber concebido unitariamente: de la matemática a la física, de la estadística a la biología teórica, de la medicina a la fisiología, de las ciencias psicológicas a la psiquiatría. En este sentido no podemos obviar los resultados de los estudios rosminianos realizados sobre todo en los últimos decenios del siglo pasado, y que culminaron en la conferencia internacional “Rosmini y la enciclopedia de las ciencias”, en 1997 (Olschki Editore, Firenze 1998). Sin embargo, todavía queda mucho por hacer en la tarea de completar el marco de las “ciencias” no estudiadas aún suficientemente, como la física, la biología teórica, la psicología evolutiva, la psiquiatría. En esta dirección se orienta el Focus contenido en este número de “Rosmini Studies”.

En lo que respecta al estudio de las fuentes, la investigación se demuestra especialmente carente. En las obras y en la biblioteca personal de Rosmini encontramos los nombres de algunos eminentes científicos que el roveretano leyó, interpretó y utilizó en modo vario: de Euclides a Ptolomeo, de Copérnico a Bacon, de Galileo a Newton, de Euler a Laplace, por no hablar de Stahl y de Pinel. Sobre la relación entre Galileo y Rosmini existen ya algunos trabajos; es nuestra opinión, sin embargo, que toda comparación debería seguirse de un profundo análisis filológico de las obras y de los textos citados a fin de comprender y comparar la hermenéutica aplicada por el filósofo trentino en el estudio de los científicos. La finalidad es la de lograr de este modo establecer el “peso” de la influencia que sobre el pensamiento rosminiano, en sus diversas articulaciones, ejercen los anteriores científicos, claramente de manera no uniforme. Siempre desde una perspectiva histórica es posible proseguir esta investigación entre los contemporáneos de Rosmini, como es el caso del matemático milanés Gabrio Piola, con el cual el roveretano establece además una relación personal.

El objetivo principal resta señalar con precisión la colocación histórica de la filosofía de Rosmini en relación con las ciencias en general y con cada una por separado. A este propósito dos son las tareas que nos parece indispensable realizar y que se corresponden con dos momentos ulteriores de la investigación. La primera tarea consiste en la contextualización del pensamiento del roveretano en relación a algunos filósofos del siglo XVII y XVIII con los que se confronta explícitamente, y que representan un abanico ideal de posiciones diversas. Partiendo del ámbito de la filosofía italiana resulta imposible no confrontarse con la grande y original figura de Vico. Los estudiosos rosminianos, de Bulferetti a Piovano, han explicitado ya desde mediados del siglo pasado los diversos puntos de contacto entre Vico y Rosmini. Sin embargo, y por lo que a la relación con las ciencias respecta, parece emerger entre ellos una neta diferencia: en oposición al napolitano que declara en un celebre pasaje de su biografía haber experimentado “que a las mentes hechas universales mediante la metafísica non les resulta fácil el estudio típico de las inteligencias menores, y dejó así de seguirlo, ya que aquello encadenaba y angustiaba a su mente habituada por el mucho estudio de metafísica a perderse en el infinito de los géneros”, encontramos en el roveretano mención de una análoga mente “hecha universal mediante la metafísica” que no desprecia sin embargo, como demuestran los hechos, “el estudio propio de inteligencias menores”. Su comportamiento respetuoso e interesado con relación a las ciencias acerca la posición de Rosmini a la de Muratori y sus estudios sobre la fantasía, medicina y otras ciencias. Pasando a tierra francesa, una referencia ineludible es sin duda la *Encyclopédie de Diderot y D’Alembert* – que el roveretano poseía en la edición suiza del 1780-1782 – así como las obras de los ideólogos, como Cabanis (véase S. Moravia, *Il pensiero degli ideologues: scienza e filosofia in Francia, La Nuova Italia, Firenze 1974*), aunque Rosmini era más cercano a la tradición filosófica del Oratorio francés, de Malebranche a Gerdil, que conocía en profundidad y para la cual no existe incompatibilidad entre progreso científico y verdad religiosa. De hecho, de acuerdo con esta línea de pensamiento, Copérnico puede representar al mismo tiempo uno de los héroes de la ciencia y uno de los estandartes de la verdadera religión católica. Una análoga consonancia podría también resaltarse en relación con Leibniz, cuya influencia en la teorización rosminiana se ha demostrado de grande relieve en diferentes aspectos, entre los cuales encontramos el de la matemática – si se demuestra verdadero que Rosmini aprendió el cálculo infinitesimal a partir del *de Nova methodus* de Leibniz (1648). Malebranche y Leibniz, cada uno a su modo, hacen referencia a Descartes. Rosmini – crítico en general de Descartes en su oposición a la concepción cartesiana de las ideas y la contraposición de

estas con su tesis del ser ideal – parece hacer referencia al modelo de la filosofía cartesiana en su relacionar las elaboraciones metafísicas más audaces con un constante ejercicio científico. Junto a estos filósofos no puede faltar Kant y su tentativo de fundamentación filosófica de las ciencias: estudios recientes (Sulla ragione, editado por M. Krienke, Rubbettino, Soveria Mannelli 2008) han evidenciado en modo sistemático la variada influencia de Kant sobre Rosmini y la recepción crítica de parte del último. Sin embargo, es justamente el capítulo sobre las ciencias el que no ha sido aún tratado. Esta breve panorámica muestra como la posición del roveretano por lo que respecta a las ciencias necesita ser investigada en el aspecto que la relaciona con las diversas tradiciones filosóficas que lo influenciaron en modo inmediato. Mas aún si la intención es la de relacionar a Rosmini con autores como Husserl, con los cuales se han evidenciado – en el número precedente de “Rosmini Studies” – correspondencias significativas en el enfoque teórico, a pesar de las diferencias existentes entre las orientaciones filosóficas.

El momento sucesivo de la investigación está específicamente destinado a reconstruir “desde el interior” la posición de Rosmini. Ayuda al respecto el análisis de la colocación de las ciencias en el vasto diseño enciclopédico del saber que el autor concibe desde 1817, y en el cual encuentran espacio las matemáticas, la astronomía, la meteorología, la química, la mecánica, la zoología, la medicina, la botánica, la mineralogía. Un diseño que Rosmini continúa a perfeccionar hasta, al menos, el año 1850, cuando en la *Introduzione alla filosofia* propone de nuevo su Sistema filosofico, elaborado en 1844, añadiendo una subdivisión de las ciencias entre ‘ciencias de la intuición’, ‘ciencias de la percepción’ y ‘ciencias del razonamiento’. En este marco la investigación más fecunda consiste quizás en la búsqueda, partiendo de las obras de juventud hasta llegar a la incompleta *Teosofia*, de los ensayos específicos (como el que trata sobre la estadística) y los largos fragmentos presentes en varias obras en los que alguna de las ciencias positivas se usa concretamente. La finalidad es la de comprender cómo entiende Rosmini cada una de las ciencias positivas, en qué medida les reconoce un estatuto epistemológico autónomo, en qué modo justifica su uso y la conexión con un saber más general. Llegados a tal punto sería posible comprender y valorar si y cuánto el roveretano haya efectivamente conseguido el fin de “ofrecer una filosofía que pueda ser base sólida para las ciencias”, como él mismo escribe en la citada *Introduzione*. Se adivina claramente en esta obra la perspectiva ontológica que el autor persigue y que completará en la *Teosofia*; pero no hay que descuidar la perspectiva lógica que en los mismos años le impulsa a introducir el cálculo de probabilidades de Laplace al interno de su *Logica* (1853). Interesante en modo particular es el nexo que Rosmini

instituye en el mencionado Sistema filosófico entre la “filosofía general”, destinada a indagar las razones últimas de todo el saber, y las “filosofías especiales”, que tienen como finalidad redescubrir las razones últimas de “ciertas partes determinadas del saber”, como son la “filosofía de las matemáticas, la filosofía de la física” etc. (Introduzione alla filosofia, edición de P.P. Ottonello, Città Nuova, Roma 1979, p. 225).

No se puede ignorar por tanto la vastedad y dificultad de la investigación sumariamente delineada aquí, teniendo en cuenta la herencia en primer lugar neo-idealista y posteriormente espiritualista que hasta el momento ha condicionado, prevalentemente, la interpretación de Rosmini. Sin embargo, como es sabido, los grandes clásicos pueden tener un decir significativo para cada tiempo. Un ejemplo elocuente es el caso de Descartes: “Nada queda en pie de la física de Descartes – escribía en 1937 Alexandre Koyré –. Aproximadamente hace veinte años se escribió que la ciencia no sigue el camino por él trazado. Hace veinte años esto era cierto. Hoy lo es mucho menos. Sin duda la física actual, la física de Einstein y de Broglie, no repite en absoluto la física contenida en los Principios. No más de lo que esta última reproducía la física del Timeo. Y sin embargo, para la historia, la física de Descartes ha supuesto una enmienda de Platón. La física de Einstein, que reduce lo real a lo geométrico, es, al mismo tiempo, una enmienda de Descartes: prosigue, y en algunos puntos realiza, el viejo sueño de Descartes y de Platón (Lezioni su Cartesio, Tranchida Editori, Milano 1990, p. 86). Pero es John Cottingham quien, refiriéndose al filósofo francés, evidencia aquello que sobre las ciencias resta como el aspecto esencial y vital del pensamiento de Rosmini: “el sistema cartesiano ofrece un ejemplo particularmente eficaz de aquella que yo considero sea la tarea más importante de la filosofía, es decir, el esfuerzo por conseguir descubrir hasta qué punto las diferentes áreas de nuestro paisaje conceptual pueden ser integradas en una visión coherente del mundo. Si sucede que algún día nos convertimos en criaturas tan especializadas que esta tarea no nos interesa más, entonces la filosofía se fragmentará hasta extinguirse: lo que en un tiempo era el gran río de la investigación se ramificará en muchos pequeños riachuelos aislados, y al final no quedará sino una llanura desierta” (Cartesian Reflections. Essays on Descartes’s Philosophy, Oxford University Press, Oxford 2008, p. VIII).